

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, MAYO 1º DE 1872.

{ NUM. 15.

LAS MADRES DE FAMILIA.

LA AUTORIDAD PERDIDA.

Si hay bienes fáciles de perderse, uno de ellos es el imperio que una madre tiene derecho á ejercer sobre sus hijos. Muchas veces el exceso de su cariño la conduce á complacencias que comprometen su dignidad, y á oficiosidades que la degradan.

No hay cosa mas descontentadiza que un niño á quien se complace en todos sus caprichos y se previene en todos sus deseos: es un tirano, cuyo poder es tanto mayor cuanto lo ejerce bajo las apariencias de la debilidad. En el momento mismo en que consigue que cedan á uno de sus gustos ya medita otro. La madre que no tiene fuerza para resistirle, llega á ser sin remedio su esclava.

Madama de Saluze, viuda de un coronel de artillería que murió en la batalla de Montereau de un casco de granada, no tenia por único consuelo de la pérdida irreparable que habia sufrido, mas que una hija todavía en mantillas que se llamaba Batilde, ni mas bienes que la corta pension concedida por el Estado á las viudas de los oficiales franceses que mueren en el campo del honor.

Criando á su niña, que era el único objeto de todo su afecto, y reducida á una subsistencia que exijia la mayor economía, Madama de Saluze no tenia consigo mas que una criada antigua, á cuyo cargo estaban los trabajos mas penosos de la casa, y que así la dejaba algunos ratos agradables para criar á su querida Batilde y prodigarle su cariño. Pero luego que aquella hermosa niña, que parecia la imájen viva de su padre, llegó á la edad de dos años, Madama de Saluze, llevada del deseo de ahorrar de la pension que disfrutaba los gastos que tendria que hacer despues para educarla, se privó de los servicios de la excelente mujer que tenia consigo, cifiéndose á ocuparse ella misma en todos los trabajos de la casa. De consiguiente, se crió Batilde en la grata y funesta costumbre de ver á su madre abatirse á cumplir todas las funciones de un ama de gobierno, activa y solícita en servirla. Apenas deseaba una cosa, al punto se veia satisfecho su deseo: una sola palabra, una sola mirada de la pequeña déspota ponía en movimiento á su esclava diligente, la cual creía, humillándose hasta este punto, que cumplía con los deberes indispensables de una madre.

Mientras que Batilde se halló en aquella primera edad en que el egoismo parece que es característico, y se tiene por gracia lo que es mala crianza, Madama

de Saluze, estraviada por su amor maternal, no conoció de modo alguno el imperio que su hija ejercia continuamente sobre ella; y esta madre cariñosa tenia un gran placer en ocuparse ella misma en los cuidados mas penosos de una casa. Se la veía por la mañana medianamente vestida, y con un pañuelo en la cabeza, que iba á buscar la leche, el pan y todo lo demas que necesitaba diariamente, en tanto que Batilde dormia tranquilamente hasta las nueve, y no se levantaba hasta la hora del almuerzo. Despues llegaba la hora del tocador, y Batilde hallaba siempre á mano un vestido doblado con esmero, una pañoleta recién planchada, sus medias bien blancas y sus zapatos bien lustrosos, siendo así que la que preparaba todas estas cosas estaba solo vestida de una saya de paño burdo, un pañuelo grande de punto de lana, y calzada con unos zapatos llenos del lodo que habia cojido por la mañana. Batilde no tenia entonces mas que seis años, y no podia aliviar á su madre en sus penosas tareas. A los nueve no estaba menos mimada ni menos consentida; á los doce habia tomado tal costumbre de verse servida, que no pensó tampoco en ocuparse en la menor cosa de la casa; en fin, á los quince no solamente recibia de su madre todo aquel servicio y cumplimientos de una criada asalariada, sino que tambien la

mandaba algunas veces como á su esclava. ¡Tan insensible es la inclinacion que conduce al amor propio, y tan funesto el egoismo que corrompe el corazon y le hace violar las leyes mas sagradas de la naturaleza.

Batilde tom6 insensiblemente tanto imperio sobre su madre, que el solo temor de desagradar á aquella hija consentida y caprichosa hizo transijir á Madama de Saluze con los trabajos mas humildes, lo que observaron muchas veces las personas del pueblo que las trataban, dando esto márgen á menosprecios contínuos, que debian abrirles los ojos; pero ciega la una con el exceso de su cariño se reia de ellos, y la otra ocupada siempre en componerse, ó dedicada al estudio, ni observaba siquiera el efecto que hacia en todos los de fuera de casa el tono de superioridad, que tenia la osadia de tomar con su madre.

Un suceso, que proporcion6 á su existencia unas comodidades imprevistas aunque necesarias, fué el que aument6 las pretensiones y la insolencia de Batilde. Un hermano de su madre, que se llamaba Próspero de Arfort, capitan de navío, á quien se tenia por muerto ya largo tiempo, habia venido á establecerse á Nueva-York despues de haber corrido los mares veinte años. Sabedor este sin duda por algunos viajeros franceses de la muerte de su cuñado el coronel de Saluze, y de la triste situacion de la viuda, la envi6 á decir por medio de uno de sus corresponsales en Francia, que la daria todos los años una pension de tres mil francos, hasta que pudiese venir él á repartir con su hermana y su sobrina la gran fortuna que poseia. Batilde llegaria á ser la única heredera de aquel tio tan rico que estaba célibe. No se apartaba de su imaginacion esta esperanza tan halagüeña; ya se figuraba que la habian de proponer los partidos mas ventajosos y mas honoríficos; y queriendo mostrarse digna de la brillante suerte que la esperaba, se hizo mas mimosa que nunca. Al talento, que cultivaba con buen éxito, quiso reunir una erudicion profunda y variada: llamaron á uno de los mas célebres maestros de la capital para que se la diese á la bella y orgullosa Batilde, la cual adopt6 bien pronto aquella gravedad afectada, y aquella ridiculez de una mujer literata. Ent6nces se conoci6 mejor el modo estraño con que miraba la distancia que suponía entre ella y su madre. Tom6 un tono y un lenguaje que deslumbraron á ésta, demasiado débil, hasta el punto de juzgarla por un prodijio: no pensaba ni obraba mas que por su querida Batilde. Su renta se habia triplicado con la pension que les daba el capitan de Arfort, y las ponía en estado de tomar una criada. Madama de Saluze no estaba ya tan dedicada á las fatigas y humillaciones que habia soportado; pero ya fuese por hábito ó por el desco de que no faltase nada á su hija, se reserv6 una parte considerable de los quehaceres de la casa, ademas de que aun era indispensable la economia. Batilde sola gastaba mas de lo que enviaba el capitan en pagar á sus maestros, en comprar sus instrumentos, y especialmente en formar una biblioteca selecta, en la cual pasaba todo el tiempo que le sobraba de sus ocupaciones. Continuamente leyendo ó meditando sobre sus altos destinos, solo respondia con palabras monosílabas á todas las preguntas que la hacian, y nadie se atrevia á entrar en el cuarto de estudio donde estaba Batilde. Este estaba amueblado á la moderna, y con colgaduras elegantes, al paso que la alcoba de su madre solo tenia una cama sin cortinas, un bufetito de nogal, una silla poltrona vieja forrada de terciopelo de Utrech, y dos sillas de paja. El mayor placer de Madama de Saluze era privarse de todo por su hija. Solo ella limpiaba el bufete donde trabajaba la jóven filósofa, coordinaba sus papeles, y sacudia el polvo de sus libros y de sus estampas, que solo representaban mujeres acreditadas en la república literaria. Madama de Saluze en su éxtasis maternal miraba á su hija como á la que debia ser algun dia una digna rival de aquellas mujeres célebres, y se creia muy honrada cuando Batilde se dignaba mirarla ó decirle alguna cosa. Tambien Madama de Saluze era la única que se ocupaba en su cuartito en lavar y repasar su propia ropa, porque

desde que su hermano le daba una pension de tres mil francos, habia ascendido, y de cocinera llegó á ser doncella de su hija; y jamas fué servida con tanto esmero y celo la duquesa mas indolente ó mas fastidiosa. Batilde no tenia mas que hablar una palabra ó hacer una seña para obtener cuanto deseaba. Que ella mirase sin rubor que su madre la pusiera flores en la cabeza, ó la arreglara su hermoso pelo, la pusiera el vestido y la atacase el corsé, sin duda no tenia nada de estraño; pero verla á sangre fria que se emplease hasta en las cosas mas minuciosas del tocador de su hija, acepillarla ella misma sus vestidos, limpiar sus zapatos, y ponerse de rodillas delante de ella para atarla los borcegués..... eso es lo que no hubiera debido hacer una madre sensata y que conserva su dignidad, y lo que particularmente no debia sufrir el respeto filial.

(Continuará.)

EL CREPUSCULO.

¡El crepúsculo! ¿Qué es el crepúsculo? Pues el crepúsculo es, mis queridos niños, esa hora de la tarde en que el sol comienza á dejarnos sin su espléndida luz. ¿No ois? Los pajarillos revolotean entre los árboles gorjeando á mas gorjear y como buscando el amado nido que ha de abrigoarlos por la noche.

El sol se va hundiendo poco á poco en el ocaso. Algunas nubes vagan por la bóveda azul del firmamento; ¡qué hermosas son! ¿no es verdad? Algunas hay encendidas como el fuego, otras de un rojo su-

bido. Se agrupan, se separan y vuelven á juntarse como si pretendieran disputarse los reflejos del rey de la creacion.

Es muy hermosa esta hora, muy hermosa! Las aves lanzan al aire cadenciosas armonías que vienen á halagar nuestros oidos. Las flores cuyo tallo habia abatido el calor del sol, se enderezan, se reaniman, comienzan á vivir. El *huele de noche* abre su cáliz, y regala á la brisa vespertina la esencia que negara á las auras de la mañana. La oscuridad y el silencio comienzan á reinar por todas partes. El heliotropo nos embriaga con su aroma, y la rosa nos aduerme con su místico perfume. Las nubes palidecen; las que antes eran rojas, ahora apenas tienen un lijero tinte rosa; las que eran encendidas como fuego, ahora apenas conservan un pálido reflejo de los rayos del sol; pálido, sí, como la memoria que guardamos de placeres ó ilusiones que se desvanecieron con los primeros años de nuestra juventud.

¡Qué hermosos son esos celajes! Así deben ser las alas del querube. Qué hermosos! Sí, el mas hábil pincel no puede retratarlos; la mas diestra pluma no puede describirlo.

¡El crepúsculo! Hora solemne en que los últimos rayos del sol bañan la tierra con esa luz misteriosa que todo lo trasforma, que lo poetiza todo. En esa hora, en esa hora bendita, el corazon se predispone para todo lo dulce, para todo lo que es grandioso y noble. En esa hora poética en que la campana del templo nos anuncia que ha concluido el dia, la tierra, el cielo, la mar, la creacion entera, glorifica, parece que eleva una plegaria á su Creador!

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XV

Siguen los descubrimientos, y en progreso: tras las flores, los frutos. Es el caso, que á poco andar top6 Elena con una mata que daba unas frutillas negras y lustrosas, á modo de capulines. Verlas nuestra viajera y echarles mano, fué todo uno.— «¡No las comas! ¡no las comas!» le grit6 con solicitud cuidado Fernando.— «¿Por qué no?» dijo Elena,

— «¿Y si son veneno?» contest6 Fernando.— «¿Qué han de ser! ¿no ves que están muy bonitas?» replic6 Elena.— «Esa razon es poderosa, dijo Fernando; pero en caso de duda, *el mejor de todos es huirlas.*» El *Sancho*, entre tanto, aprovech6 la oportunidad para dormir dulce y tranquilamente un bonito sueñecito.



XVI

—«¡Adelante!» dijo el intrépido Fernando; y echaron á andar á través de la *Selva Virgen*.—«¿No te parece, dijo al cabo de un rato, que es muy bonito esto de ir pasando por donde nadie antes que nosotros ha pasado desde el principio del mundo?» Pero á Elena no le pareció muy bonito, porque en

aquel momento acababa de hacerse un chirlo en el vestido con la rama de un matorral; bien que se consoló al pensar que en un país en donde no hay alma viviente, nada importa andar con el vestido hecho jirones. ¡Si fuera en el *zócalo*, ya sería otra cosa!.....

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO IV.

Del aseo en nuestra habitacion.

I

De la misma manera que debemos atender constantemente el aseo en nuestra persona y en nuestros vestidos, así debemos poner un especial cuidado en que la casa que habitamos, sus muebles, y todos los demas objetos que en ella se encierren, permanezcan siempre en un estado de perfecta limpieza.

II

Este cuidado no debe dirigirse tan solo á los departamentos que habitualmente usamos: es necesario que se estienda á todo el edificio; sin exceptuar ninguna de sus partes, desde la puerta exterior, hasta aquellos sitios menos frecuentados y que están menos á la vista de los estraños.

III

La entrada de la casa, los corredores y el patio principal, son lugares que están á la vista de todo el que llega á nuestra puerta, y por tanto deben inspeccionarse constantemente, á fin de impedir que en ningun momento se enueentren desaseados. Como generalmente se juzga de las cosas por su exterioridad, un lijero descuido en cualquiera de estos lugares, seria bastante para que se formase una idea desventajosa del estado de limpieza de los departamentos interiores, por mas aseados que estos se encontrasen.

IV

En el patio principal no se debe arrojar agua, aun cuando esta sea limpia, porque todo lo que interrumpe el color general del piso, lo desluce y hace mala impresion á la vista. Las personas mal educadas acostumbran arrojar en los patios el agua en que se lavan, y aun otros líquidos corruptibles ó saturados de diversas sustancias colorantes, los cuales, á mas de dejar duraderas manchas, producen mal olor, y en su evaporacion obran directamente contra la salud.

V

La limpieza del piso contribuye en gran manera al lucimiento de los edificios, á la conservacion de los muebles, y á ahuyentar los insectos y reptiles cuya presencia es casi siempre un signo de suciedad y de incuria. Deben, pues, conservarse los suelos en un perfecto aseo, cuidando muy especialmente de que en ellos no aparezcan nunca esputos, sin exceptuar para esto los patios ni la cocina.

VI

No hay ninguna habitacion, ningun lugar de la casa, que no reclame nuestros mas esquisitos cuidados en materia de aseo y limpieza; pero consideremos que si una pequeña falta puede alguna vez ser excusable en la parte interior, jamas lo será en la sala ni en los demas puntos de recibo. Una mancha en nuestros vestidos tomada en un asiento, podrá ser imputada á nuestros sirvientes; en los vestidos de un estraño, nos será siempre, y con razon, imputada á nosotros.

VII

El aseo en las habitaciones no debe limitarse á los suelos y á los muebles: es necesario que los techos, las paredes, las puertas, las ventanas, y todas las demas partes del edificio, permanezcan en estado de perenne limpieza.

VIII

En cuanto á los dormitorios y demas aposentos interiores, cuidemos ademas de que en ellos corra el aire libre, en todas las horas en que la necesidad no nos obligue á mantenerlos cerrados. Esta regla de aseo es al mismo tiempo una prescripcion hijiénica, por cuanto la ventilacion de los aposentos contribuye en gran manera á la conservacion de la salud. Nada debe sernos, por otra parte, mas desagradable que el que un médico, ó cualquiera otra persona á quien debamos dar entrada en ellos, tenga que pasar por la pena de echar de menos un ambiente puro.

IX

Por esto al levantarnos, cuando nuestro dormitorio se encuentra impregnado de las exhalaciones de los cuerpos durante la noche, sin que hayan podido disiparse por la renovacion del aire, debemos apresurarnos á abrir puertas y ventanas, previas las precauciones necesarias á la salud, y tan luego como nos encontremos vestidos.

[Continuará]

LOS PREMIOS DE LA EMPERATRIZ.

(FABULÁ.)

La emperatriz Sofia
Cuatro veces al año repartía
En pública sesion dos medallones,
Cada cual de valor de cien doblones,
Premio del colegial y colegiala,
Que eran en los exámenes juzgados
En grado superior aventajados.
Vestiditos de gala,
Y de curiosa multitud cercados,
Entraban juntos en la rica sala,
Donde, al son de trompetas y atabales,
A veces con la joya recibian
Otros diversos dones
De las pródigas manos imperiales;
Al paso que en algunas ocasiones
Corridos niño y niña se veian
Al recibir, delante
De aquel numerosísimo concurso,
Dádiva tan chocante,
Que la plebe y la corte, sin recurso
Burlábanse con dura pertinacia
De los dos angelitos: verbi-gracia.
Benito y Valentina,
Chicos de doce Abriles,
El docto en la gramática latina,
Y hábil ella en labores femeniles,
Fueron los dos electos
Por la junta de escuelas competente
Como pareja igual, sobresaliente,
Como alumnos perfectos
De latin y costura. Lindamente.
Pero es el caso que en palacio habia
Un pajarito azul, que los defectos
De los niños de escuela descubria;
Y el pájaro maldito
Contó á la Emperatriz..... —Qué picardía!
Yo, vamos, el pescuezo le torciera.—
Contó de Valentina y de Benito
La corta friolera
De que él era un lloron, y ella una fiera.
Ya llegó el dia de funcion prescrito.
La señorita, pues, y el señorito
Prepáranse de prisa y van despacio
(Porque mejor los miren) á palacio.
Su Majestad al cuello
Les pone, al son del atabal sonoro,
Los codiciados medallones de oro;
Y despues (aquí es ello)
Dice á Benito así: «Cierta avecilla
Que os atisba las faltas y las pilla,
Te acusa de marica y apocado;
Por lo cual, que te compren he mandado
Ese cumplido chal y esa mantilla;
Póntelos de contado.»
«Y vd. (dijo á la niña) que es persona
Del sexo débil y de clase fina;

Pero que audaz y díscola y gritona,
En vez de *Valentina*,
Merece se la llame *Valentona*,
Sepa que por sus rústicas hombradas,
Le va á plantar aquí mi camarera
Un par de charreteras encarnadas
Y una gorra de pelo granadera.»

*Pues ó renuncian á su ser y nombre,
O han de tener por cualidad primera,
Dulzura la mujer, valor el hombre.*

ÁLGEBRA MORAL.

Cuando se nos presentan circunstancias en que sobre asuntos de importancia debemos tomar una determinacion difícil, la dificultad procede principalmente de que en nuestro exámen todas las razones en *pro* y en *contra* no se nos ocurren á la vez á la imaginacion, y que se nos presentan de manera que alternativamente ha desaparecido la primera cuando la última llega. De aquí proceden las diferentes disposiciones ó resoluciones que alternativamente preferimos, y la incertidumbre que nos atormenta. Para fijarla, mi método es dividir en dos columnas una hoja de papel, poniendo al principio de la una la palabra *pro*, y la voz *contra* al principio de la otra. Empleando despues tres ó cuatro dias en el exámen de este objeto, coloco bajo cada uno de ambos títulos algunas cortas indicaciones de los diferentes motivos que á cada instante se me presentan en *pro* ó en *contra* de la medida á adoptar. Cuando en una hoja de papel he reunido de este modo todos los motivos contradictorios, trato de balancear su valor respectivo, y si hallo dos de ellos (uno de cada lado) que me parecen iguales, los borro ambos. Si encuentro una razon en *pro* igual á dos razones en *contra*, borro las tres. Si dos razones *contra* las juzgo iguales á tres razones *pro*, borro las cinco; por este proceder hallo al fin el lado que hace caer la balanza; y si dedicando aún un par de dias mas á la reflexion no se presenta de lado alguno ninguna observacion importante, fijo mi determinacion. Es cierto que estas razones no pueden valuarse con la precision de las cantidades algebricas, mas sin embargo, cuando se examina cada una de ellas separada y comparativamente, y que el todo está allí presente á mis ojos, me parece que puedo mejor juzgar, y que estoy menos espuesto á hacer una cosa inconsiderada. Muchas veces me han resultado grandes ventajas de esta especie de ecuacion, que se podria llamar *álgebra moral*, ó *álgebra de circunspeccion*.

EL VAPOR Y EL TELEGRAFO.

(FABULA.)

Al salir un despacho telegráfico
Se encuentra con los carros del vapor;
Detiene su carrera el fluido eléctrico
Y dice:—¡No te muevas, que allá voy!
Yo corro mas que el pensamiento rápido,
Yo junto las ciudades con mi voz;
Tú cuentas tu camino por kilómetros,
Y de ese progresar me burlo yo,
Que en un instante con mi andar sin límites,
Puedo correr del mundo la estension.

Al momento se dice que la máquina,
Fuego escupiendo, así le contestó:
«Tú que invisible cruzas por los ámbitos,
De vecinales chismes portador,
¿A que no llevas de Apizaco á México
Estos objetos que conduco yo?»
Y cuentan que al oír aqueste diálogo,
Lloraba de vergüenza un carreton.

*La idea que se esparce, es el telégrafo.
El brazo que ejecuta, es el vapor.
El uno sin el otro, son inútiles:
El hombre necesita de los dos.*

LA HUMILDAD.

(Pensamiento árabe.)

Una gota de agua desprendida
Desde las nubes á la mar cayó,
Y al verse entre las olas confundida,
Avergonzada y trémula, exclamó:
«¿Qué soy, pobre de mí? no valgo nada
Entre las aguas del inmenso mar;
Hasta la débil hoja que arrastrada
Sobre las ondas corre, vale mas.»
Oyó Dios su lamento; protejerla
Quiso, y en una concha la encerró,
Do convertida luego en rica perla,
En su corona un rey la colocó.

*Esta modestia imitada,
Porque al hombre necio y vano,
Dios no le tiende la mano:
El eleva á la humildad.*

EL ENVIDIOSO.

(FABULA.)

Magnífico manzano
En el corral de un clérigo crecía.
Un vecino, de envidia se moría
Viéndole tan fecundo y tan lozano:
El ni manzano ni corral tenía.
Y ya que de otro modo
No supo desfogar su encono fiero,
Arrojaba al frutal desde un granero
El desperdicio de su casa todo,
Haciendo del corral estercolero.
Bien ensució el ramaje;
Mas la lluvia á su tiempo le limpiaba,
La tierra con la broza se abonaba,
Y el resultado fué del ruin ultraje,
Que mas fruto y mejor el árbol daba.

*Mas útil que nociva
Es la gente mordaz que tanto abunda,
Pues hace con su rabia furibunda
Que el íntegro varon mas cauto viva,
Y mas pronto á sus émulos confunda.*

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XI

JOAQUIN, Ó EL NIÑO RUIDOSO.

Joaquin tenia un fusil, un sable y un tambor que su papá le habia dado. Al cabo de algunas horas, era forzoso quitarle el tambor, porque á todos rompía la cabeza con su ruido. Desde entónces todos creían tener un poco de sosiego; pero se engañaban. Desde la mañana hasta la noche se estaba oyendo:—¡Tomar las armas! ¡Presentar las armas! ¡Media vuelta á la derecha! ¡Media vuelta á la izquierda! ¡Adelante! ¡Marchen!

Habia para perder la paciencia.

Algunos muchachos de la edad de Joaquin vinieron á juntarse con él para participar de sus juegos, y hacer el ejercicio juntos; pero nuestro soldadillo ni aun se dignó mirarlos, y como si estuviese de centinela tomó el fusil, y en un tono capaz de atemorizar, dió el ¿Quién vive?

Desde el mismo instante, desgraciado aquel, que sin responder, osaba ir adelante. Joaquin, envaneido de verse armado, quiso hacerse temer, y vibrando el sable de derecha á izquierda, hirió á muchos de sus compañeritos, quienes llevaron las señales largo tiempo.

El juego pasaba á riña cuando apareció su padre. Joaquin, dijo á su hijo, tú eres un orgulloso, indigno de llevar las armas: voy á quitártelas, hasta que seas mas juicioso. Esto me confirma mas que nunca en mi opinion, que no deben ponerse semejantes juguetes en las manos de los niños, siempre prontos á abusar de ellos, volviéndolos contra los otros y contra sí mismos.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

A través de tempestades, de penas y trabajos, de angustias y miseria, de los terrores de la muerte y de la tumba, conduce el espíritu del mundo á la raza humana de un paso á otro de educacion, desarrollo, pruebas, purificacion y embellecimiento, al templo de la inmortalidad.—F. L. SCHLENKERT.

La edad de oro de los hombres llegará cuando las ciencias lleguen al grado mas alto de perfeccion, de que son capaces los órganos humanos; cuando el hombre tenga definidos claramente los límites en que se encierra su conocimiento del universo; cuando comprenda la diferencia entre sus deseos y lo que él puede esperar sobre la tierra, y cuando instruido por el estraño resultado de esta diferencia, establezca una saludable y propia igualdad entre estos deseos y los objetos que se hallen en la esfera actual de su actividad; últimamente, cuando enriquecido con todos los conocimientos de que es capaz su naturaleza terrenal, úna á estos conocimientos y adorne con ellos, la feliz sencillez de su primitiva condicion.—HEMSTERHNS.

Solo hay un modo de construccion duradero. Lo mas grande, lo mas sencillo. Esto sobrevive á las edades de las naciones. Así física como moral y políticamente, la humanidad marcha por un camino eterno de adelantos y perfeccionamientos.

La perfeccion no es un sueño; es el medio y el objeto para el desarrollo de todo aquello que el carácter de nuestra raza—la humanidad—necesita ó produce.

¡Levanta la vista y mira!

Donde quiera se halla esparcida la semilla. Aquí se corrompe y jermína; allá, crecen y se maduran frutos eternos.

Aquí permanece entre nieve y granizo. ¡Valor! El hielo se derrite y la nieve desaparece y descubre la semilla.

Ningun mal que la humanidad encuentre, puede ser mas que útil á ella misma. Esta es mi profesion de fé. Trabajemos, y esperemos!—HERDER.

TIMANTES.

(FABULA.)

Pintaba el celeberrimo Timántes
Un Júpiter con ojos fulgurantes,
Rayo en la diestra y en la izquierda rayo;
Y al severo pintor dijole un payo:
Si en ambas manos el rigor le pones,
Con cuál vierte ese dios premios y dones?

*Es en la Omnipotencia
Igual á la justicia la clemencia.*

MAXIMAS Y CONSEJOS.

Dá respeto á la vejez
Que vive de su pasado;
Viejo serás, y á tu vez
Querrás verte respetado.

Si alguno te quiere dar
Lo que no vas á pedir,
De ese te debes guardar,
Que mas te vendrá á exigir.

¡Feliz si brilla tu frente
Con la corona del génio,
Que Dios concede tan solo
A sus hijos predilectos!

En el mundo no has de hallar
Los consejos de tu padre,
Las caricias de tu madre,
Ni la calma de tu hogar.